El guardián de una amapola

Otilia Martínez Vegazo

El guardián de una amapola

Otilia Martínez Vegazo

avant
editorial

Primera edición, junio de 2026
© Otilia Martínez Vegazo, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-38-2
THEMA: FBA — FRD — FRK — FBJ — DEN — DNF
DEPÓSITO LEGAL: M-15596-2026

A mi hermano.

«*Sí, el cerebro debe actuar siempre. Sin él, no hay verdadero placer*».

F. Díaz-Plaja *El francés y los siete pecados capitales*

«*Tahití es un paraíso en el que no se piensa.*
Es preferible un infierno inteligente a un paraíso bestial»

Víctor Hugo, *El Noventa y tres*

Capítulo I

«El perfumista hindú llamado *gund'hee* no se recluye como sus congéneres europeos en ostentosas jaulas de cristal o en tiendas de lujo. Todo su establecimiento se reduce a unas pocas cajas, sacos y cubetas que contienen su fragante mercancía, en medio de las cuales se sienta para mezclarlas con arreglo a las proporciones de su arte».

Tenía uno de esos perfiles de caricatura, fácil de delimitar por la nuez muy marcada y el cuello largo y sinuoso. El cabello era una masa de rizos indomables y débiles sin que la maquilladora supiese muy bien si aquel pelo tan fino se quebraría en cualquier momento o si su obstinación lo hacía volver a su forma original, empecinado en aquellos bucles. Los tirabuzones en cualquier cara masculina hubieran echado hacia atrás, sin embargo, su cara afilada, sueño de Greco o deformación de sus ojos, le permitían aquella melena en movimiento sin asomo alguno de femineidad. Tampoco sus párpados, inclinados hacia abajo, cansados, sin el atrevimiento de hundirse en el rostro o rasgar los trazos hacia arriba podían encontrarse interesantes. La nariz muy discreta, fina y recortada en el espacio, se unía con un mentón algo saliente, enseñando sus huesos uno a uno, tal y como pretendía hacer toda su figura. Porque sus delgados brazos enseñaban la estructura ósea como la vuelta al mundo de un enterrado sin sepultura, igual que lo hacían las costillas tan marcadas debajo de la ropa como las pechugas de pollo de cualquier estante del supermercado. Las piernas seguían el juego de una marioneta sin que los hilos asomasen por ningún lado, tan escondidos como el trasero masculino —ausente por completo—, tan desaparecido como la espalda y su forma. Daba la

sensación de que los brazos se engarzaban con los omóplatos y allí cobraban fuerza para salir.

Tenía los andares absurdos y lentos, las pestañas abundantes, también hacia abajo en un abanico triste, especialmente porque se acercaba las revistas para leer o fruncía la nariz en el gesto inconfundible de los miopes.

Medio desnudo se podía coger su cintura como si de una bailarina se tratase, en esa misma fragilidad, y su sonrisa iluminaba la clara piel con una hilera de dientes blancos y bien delineados.

No había una razón física para encontrarlo tan atractivo, ni una sola, pero lo cierto era que aquel resucitado pedía a gritos la mirada de una mujer, con la misma fuerza que un sujeto un predicado.

Tenía la costumbre de mover las manos cuando se entusiasmaba con un tema, dejando ver al final de los finísimos dedos la falta de uñas, como si desesperado por la ausencia de comida, hubiese utilizado la córnea de sus extremidades como escudilla. Ojos de mendicante y movimiento elegante, de medusa. Finalmente, al sentarse, dejaba ver la corta distancia entre su cintura y su cabeza y el paseo interminable de sus piernas, de modo que la chepa, pequeña, propia de los tipos tan altos, quedaba metida en el sillón, haciendo del dibujo un lugar perdido, casi huérfano entre tantas líneas sin destino.

Él sonreía, entre sus manos comidas, entre el aire que formaba con su pelo y sus explicaciones, ajeno al escrutinio feroz de los cuatro ojos oligárquicos (a los de la maquilladora se habían sumado los de la fotógrafa) que, asombrados, seguían pensando que aquel ejemplar era absolutamente irresistible.

—¡Quédese quieto, por favor! —pedía María intentando aplicar *fond du teint* a aquella barriga, por llamarla con algún nombre, con vello incluido porque para su sorpresa se presentaba sin depilación.

Si el *correct rides* lo había movido, las manos de la maquilladora en su vientre a poca distancia del cinturón lo mantenían fijo, estático,

mirando en los espejos su figura repetida. Modelando un vientre que ningún médico hubiese calificado nunca de globuloso.

Por primera vez, María —maquilladora, peluquera y masajista— se daba cuenta que, tras las suaves bromas de aquel hombre, había incomodidad, apenas un gesto de azoro que a ella le resultaba extraordinario.

Siguió aplicada a su tarea hasta lograr un tono uniforme mientras el hombre con su sonrisa aparecida replicaba:

—Se acabaron las cosquillas.

Tras unos minutos en los que María aplicaba con una esponja un polvo suave, de color parecido a su piel y de tonos mates que evitara cualquier brillo porque en la firma se vanagloriaban del poco uso del *Photoshop*, y María presumía de la claridad transparente de su trabajo que evitaba cualquier mancha posterior, la asistente, una de esas mujeres usadas para todo, que si relaciones públicas, que si anfitriona ocasional, que si profesora solapada, venía por él y dejaba sonar su voz suave, dedicada a esa reiterada cacofonía de contar la misma historia: las actitudes requeridas debajo de la luz y sus posiciones en el estudio principal.

Se marchaba la dueña de cualquier marmitako y María se quedaba a solas con Cati, que nada tenía de Catalina, sino que arrastraba una broma en la denominación como casi todas ellas, las trabajadoras de la firma VANESSA.

—Esta vez la Bruja lo ha logrado, de veras que lo ha logrado. Yo no sé en qué jaula ha metido a este *Hansel* ni cuánto pollo le ha dado, pero se sale. No tiene aires de poeta romántico, ni aspecto aniñado, ni esa afectación que traspasa la ropa, no lo sé, Cati, pero este impresiona.

—Lo sé. He estado trabajando con él sin maquillar porque había puesto muchas pegas al maquillaje y se ha comido la cámara, literalmente. Hoy he comprendido por fin por qué le dejaron las orejas a

Clark Gable. Se puede ser feo y tirar como un imán, y este tiene un buen campo electromagnético: ha elegido de maravilla.

Mientras hablaba, Cati movía el visor de su cámara en un gesto inconsciente como si a través de la lente el zoom recordase las tomas hechas.

—¿Dónde lo ha encontrado? Es asombroso. Yo estoy acostumbrada a que no me mire un hombre, pero a ti, Cati —María se delataba con un gesto de apertura de manos abiertas— delante tuyatodos actúan de otro modo, algo así como «yo no existo», pero si Cati está delante, se ponen nerviosos por mucho tiempo que lleven con los focos.

Cati aceptaba la frase como verdad sin discutir; a pesar de su desaliño, a pesar de esconderse tras la cámara, todos los modelos la veían. Tenía los ojos miel, almendrados, hacia arriba. Las pestañas de puro espesas sorprendían al mostrar la suavidad de su pupila. La boca muy bien dibujada y la carita muy pequeña tras un largo cuello. Sin duda podía pasarse unas *Vacaciones en Roma*[1] antes de cortarse el pelo. Cati se esforzaba en sacar diferentes sentimientos de los ojos de los que posaban y sabía —tras siete años de profesional— que actuaba como un elixir en cada fotografía. Ella pedía y el retratado respondía. En sus gestos, sin onomatopeyas, Cati sacaba exactamente lo deseado del hombre o la mujer situado bajo la luz.

—Más que asombroso —admitió—. La cámara lo adora desde todos los ángulos. Espero que el maquillaje no estropee nada, María. Voy a rodar poco en interior, casi todo va en exteriores.

—Pero, ¿quién es? —María preguntaba realmente interesada, atenta a cualquier chisme nuevo—. ¿La pareja de quién? Hubiese jurado que sentía algo de timidez, ¿puedes creerlo? Alguien así sabe desde muy joven lo atractivo que es, no sé cómo puede vender una imagen tan despreocupada, tiene ojos de muchacho y no engaña, pasa de los cuarenta. Lo curioso es que era como si no lo supiera... ¿Es actor?

---

1 Alusión a la película deWilliam Wyler

—No exactamente.

Cati sonreía. Se sentó un momento al lado de María antes de apartar sus cosas, apenas tenía unos minutos para recoger y marcharse. Sus largos miembros la hacían perchero de las cámaras confundidas con largos cabellos castaños. Se desplazaba como un largo perchero en movimiento.

—Puede que no sepa lo guapo que es —señalaba Cati.

—Claro... —María negaba divertida con la cabeza.

—María, ese tipo ha estado fuera de circulación durante mucho tiempo.

—¿Ha estado enfermo?

Cati volvía a sonreír.

—No, María, ese tipo se ha pasado media vida en un seminario, la otra parte en un monasterio como Poblet con poco trato con el exterior y, ya ordenado sacerdote, se ha tirado cinco años en la India. De modo que puede que el cura no sepa lo guapo, lo guapísimo que es. ¡Ningún monzón se lo habrá comentado! ¡Tiene los nudillos del tamaño de las cerezas y de su color!

—¡Un cura!

—Un cura. Por más señas: el padre Marcos.

—Cati, no irás a dejarme a medias, por favor, ¿de dónde ha sacado la Bruja un cura?

María trataba de insertar un rosario de palisandro en aquella melena, una onza del cajón de los pobres, una frase dogmática en aquel tímido que no había puesto pegas a los ojos de una maquilladora en su ombligo.

Cati no contestó, se limitó a colgarse las cámaras y salir de la sala de maquillaje.

La Bruja parecía haber sido convocada tras la salida de Cati, porque en horas poco frecuentes para hacer una visita se presentaba perfecta en su traje de napa gris, fino, enguantado, a la altura exacta en su distancia a la rodilla. Los hombros morenos sobresalían mostrando

los largos y rectos cortes que señalaban y modulaban aquellas curvas que ni se atrevían a salir por miedo a perder un ápice de elegancia. Las sandalias, también grises, igualmente altas, la hacían sobresalir sobre el uno ochenta de estatura que se balanceaba discreto bajo un pelo lacio y muy rubio. La única concesión al atrevimiento la daba la pedicura y el tono coral que exigía aquel color robado al sol.

A María, vulgar y corriente frente a la soltura de aquella modelo retirada, la cabeza le señaló esa simpatía natural que se tiene por la visita de una suegra entre semana.

La Bruja buscaba con los ojos a su Adán y llegaba tarde. Su mueca de fastidio lo evidenciaba.

—Puedes ir al estudio, lo mismo Cati no ha empezado —contestaba María a la pregunta no hecha.

La mujer parecía pensarlo y decidía no ir. Dudaba si entablar conversación con María porque el vello que no tenía se levantaba cuando se topaban. De hecho, la tarea ejercida por María la mantenía en su puesto. A la Bruja las formas de María, su lengua y sus kilos, la mortificaban sobremanera, le estropeaban su particular paisaje urbano.

—¿Qué te ha parecido? —preguntaba.

—¿Desde cuándo pides mi opinión, Laura?

—Vamos, reconoce que tiene gancho. He hecho una buena adquisición y mi trabajo me ha costado. Espero sacar compensación. Ahora todo se vende o se publicita de forma que dar una imagen positiva de la Iglesia misionera me va a dar créditos con los inversores más conservadores y, de paso, saco una nueva imagen —inédita— al mercado.

María ni replicaba ante las reflexiones en voz alta de Laura Andrade. Se limitaba a colocarle el plástico alrededor del cuello para retocarla.

—¿Por qué no admites que se sale de lo habitual? —insistía Laura.

—Se sale, es cierto, probablemente por razones distintas a las que tú has querido encontrar.

—¿Qué quieres decir?

Laura Andrade sabía la cantidad de rostros que veía diariamente María y que su opinión contaba.

—Es su falta de perfección la que lo hace tan sugestivo. Eso y sus maneras, que espero Cati sepa captar: no se sienta como si fuese un dulce en una pastelería; al revés, se ha enredado con Cati en una conversación sobre la colocación de los focos, parecía muy interesado, casi entusiasmado con el tema de la iluminación, ajeno por completo al maquillaje hasta que me he acercado a sus ojos. ¡Le ha molestado mi mirada sobre sus ojos! Me ha sorprendido que sea sacerdote. No se sentía raro entre nosotras a pecho descubierto.

—Ese hombre pasa horas cerca de las barcazas de un río, atendiendo a pacientes terminales con las hermanas que trabajan con él en Basirhat en la India, María. —La Bruja echaba hacia atrás su pelo—. No será la primera ni la segunda vez que haya tenido que quitarse los faldones y meterse en el río con los autóctonos.

—Pues está bien blanco, paliducho, ¿el sol en la India no quema?

—Sí, no sé, usará un gorro esférico, como hacen los chinos. Todo en él parece blanco menos el cabello.

María no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Tenía que ser frustrante para Laura que un hombre no cediera a la tentación de recorrer el larguísimo tramo entre sus hombros y sus caderas. El cura no podía temblar por ver otro saco de huesos, debían venderlos por docenas en el Ganges.

La conversación se terminaba mientras las manos de María, expertas, se perdían en tocar la piel sin poros abiertos de la otra mujer, y las de Laura se dedicaban a esa tarea colectiva de mover el pulgar sobre un móvil ignorando por completo el resto del mundo.

La gran sala de cristales invertidos por esa magia de la argenta se había presentado a las pupilas del padre Marcos como un mercado de especias, porque de aquellos lápices, de aquellas sombras de todos los matices, de aquellas barras con tantas formas como las diosas de los

templos, de aquellos carros de brochas emanaban aromas suaves que —como las hebras de los pinceles su rostro— tocaban su nariz, esencias repartidas entre botes abiertos con cremas untuosas o ligeras, toallas en camillas que el sacerdote no dudaba habían impregnado las carnes tumbadas en aquel extraño lugar. El sacerdote, con la rapidez mental de quien capta los sentimientos ajenos, con la gracia de una vidente, había sacado en unos minutos de aquella trastienda de disfraces, el secreto anhelo de belleza de mujeres y hombres y el desnudo que dejaban tras de sí al relajarse frente a sus propios reflejos. La sala, ese pasillo que los dejaba frente a las luces, debía hacerlos fuertes, seguros de sí mismos, a través de aquel caos de colores y de especias que el aire —de los lugares muy vividos— se encargaba de esparcir.

El sacerdote, sin embargo, a pesar de su largo periplo no sabía que la sala guardaba otras perlas más obscuras en su interior. Los auténticos desnudos de evas y adanes, sus grietas, las ganas de triunfar, la pasión por el dinero y el precio a pagar por tenerlo. Aquel sacerdote blanco, desvaído, con los pelos más largos de lo acostumbrado, convencido de la necesidad de sufragar los gastos de la misión y atendiendo a los objetivos de la misma, se movía entre los deseos que lo empezaban a envolver en ese gran mercado occidental al que él, por su retirada vida, no había asistido. Sus ojos, atentos a luces que dieran alguna posibilidad a su infinito universo de barracas de uralita, humedad y hambre, no chocaban con los budistas porque estos se dirigían a Dios directamente, pero respetaban a los hombres de Dios, sumergidos en una ola profunda de espiritualidad.

Allí, en aquellos vientos de mujer, él era otro hombre más, sin un dios que lo protegiera frente a las que —una tras otra— se fijarían en su atractivo. No había confesionario ni sotana que lo separara de ellas.

María paró un momento para mirarse en uno de los espejos. No le gustó aceptar sus años, aquellas morcillas repartidas alegremente entre cara y estómago y esa sensación de ocupar el doble de sitio del

que había ocupado años atrás. No le gustó nada preocuparse de sí misma. Mirar a un hombre, sentirse mujer, tenía esos inconvenientes.

—¡Diablos, Laura, no tienes bastante con ese desfile masculino! —María sonaba enfadada, su voz dura y seca se afilaba con los ojos fijos en aquella rubia de bote que quedaría canosa y expuesta sin tantos cuidados—. ¿Por qué has tenido que traer aquí a ese hombre?

—Ya te lo he dicho, María, voy a vender —la rubia apenas se incorporó—, la Iglesia va a vender una buena imagen, yo saco beneficios y todos sacamos provecho.

—Menos él.

María sabía sin levantar la vista a todos los pósteres de peinados y modelos de las paredes que la cuerda se rompía, siempre se rompía por alguna parte. No le apetecía convertir su lugar de trabajo en un sitio sórdido, le agradaba embellecer, pintar mujeres como si fuesen cuadros, crear ilusiones...

—Él ya es mayorcito para tantos sueños, ¿no te parece? Se van a morir igual con él o sin él allí, de hecho, va a alargar la agonía de muchos de ellos porque unos pocos antibióticos no van a cambiar nada. La pobreza tiene unas raíces demasiado profundas y, en esos casos, yo siempre me pongo de parte del control de natalidad: definitivamente hacen falta menos humanos en el planeta.

María pensaba: «pues ya sabes, pégate un tiro».

Laura Andrade daba por zanjado el tema, oír hablar de pobres le iba a generar alguna preocupación añadida a los despidos que ya tenía que afrontar y para Andrade no preocuparse daba como consecuencia menos arrugas. Hacía mucho tiempo que había descubierto que la indiferencia era la mejor crema nocturna.

—Esos sueños, esas creencias hacen que la gente sea mejor. De hecho, ha... —María no quería decir nada poético porque Laura sabría sacar burla de sus palabras—. Van a revolotear a su alrededor, tiene algo hermoso.

—Pues por eso, María, a quedarnos con su inocencia en la revista.

María había estado a punto de decir que desprendía calidez, que su mirada tenía franqueza... Sintió ganas de dejar a aquel palitroque con su pelo blanco natural, su falta absoluta de pecho, sus pelos de mona y su lengua de lechuga y zanahoria prima de cualquier caballo. Después volvió la vista a la foto de sus hijos y se dijo que, a lo mejor, solo a lo mejor, triunfaban los sueños. Laura Andrade no dejaba despegar la vista del suelo, hacía de reguero de la desconfianza que daban los años: Laura Andrade tenía el tacto de las rocas, el peso de las piedras. Andrade guardaba la misma festividad en sí misma que un teletipo de noticias, la fuerza de una tranquera y la belleza artificial deprimente de quienes podían comparar el florecimiento de las niñas con el ocaso. María resultaba una intrusa en un paraíso de hermosura con su gordura enseñada y ese verdín del moho que busca la frescura del agua.

Sonaba en la radio *No me compares* de Alejandro Sanz. La música podía ser muy indiscreta.

***

El teléfono móvil de Antonio Moreno sonó un par de veces. Moreno sabía que todo había salido según lo planeado. Con Marcos las cosas se habían vuelto muy simples desde jóvenes: se proponían planes y Marcos los deshacía. En otras palabras, había que seguir la senda marcada por Marcos.

Antonio no encajaba precisamente en una figura sencilla, fácil de definir, porque su hermetismo no lo permitía. Su sentido del humor, su inclinación natural a la burla, su equilibrio en cualquier situación, recorrían ese molde de hierro que —sin querer—Moreno había ido forjando a lo largo de sus años. Conoció a un Marcos niño y se hicieron inseparables: Marcos ideaba proyectos en el aire como un mago y en cambio Antonio prefería hacerlo en el papel, en sus líneas rectas cuando tocaban rectas, y en sus colores secretos cuando —a salvo de

miradas inoportunas— se volcaba en el pastel o en el óleo, pringando su cuarto y sus antebrazos por esa costumbre indeleble en su crecimiento de rascarse la cabeza.

Antonio también era flaco, no tanto como Marcos —los años habían diferenciado sus sombras—, pero igual de espigado. Su barba castaña clara indicaba cuan rubio había sido su pelo, del mismo modo que aquel recorte perfecto indicaba su carácter. La maleta esperando para ser llenada, los apuntes, todas las ideas preliminares, el ordenador, los papeles secantes y hasta los *rotrings* de otra época se movían en esos picos de su personalidad que seguía aparejando una construcción con tinta en los dedos, aunque luego fuese el programa del *computer* el que terminara perfilando sus ideas. Trabajaba en cualquier empresa española o sudamericana sin que le faltaran ofertas de canales y, recientemente, había logrado salir del mercado latino. Hecho difícil para un ingeniero español.

Gustaba de trajes y zapatos repetidos, en esa comodidad del uniforme, de reiterar la facilidad al coger ropa en un armario. En la obra hacía exactamente igual, sustituyendo sus pantalones con raya por pantalones llenos de bolsillos imposibles, el polo, la sudadera y el casco. A las botas no se acostumbraban sus pies planos: el motivo, la razón, de su inicio de amistad con Marcos Hernández.

Siendo unos colegiales Antonio tenía verdaderas dificultades en las pruebas deportivas por culpa de los malditos pies y los malditos espolones que los acompañaban. Marcos, perceptivo, le echaba una mano siempre que podía, porque lo cierto era que, a aquella espingarda, se le daba bien la velocidad gracias a sus piernas, de modo que lo que le faltaba en fuerza, lo suplía con zancadas y saltos. Así, agarraba a Antonio y tiraba de él, porque en realidad eso era lo que Marcos Hernández había hecho con todas las personas que lo rodeaban desde que había sido un chaval.

Casi todos los veranos había obra nueva y la concesión a Marcos de varios meses en Basirhat fue perder una oferta de reforma de un

puerto deportivo de la costa catalana. En una España asentada en arenas movedizas podía considerarse un gran favor, pero para Antonio el trabajo consistía en coger las maletas a cualquier lugar; la amistad —en cambio— un privilegio, un honor, una distinción que se ponía como otros hombres se colocaban una medalla.

Tenía una figura magra y unos ojos de mirada fuerte. Ganaba el verde o el azul según la luz, y así fue desde que su madre lo paseaba en cochecito. Con sus ojos, Antonio evitaba charlas inútiles —sin ofender— porque los manejaba de forma que el interlocutor sabía si había enfado, broma, prisa, o simplemente falta de interés.

Así, a pesar de que su amigo se había marchado al seminario, se mantuvieron en contacto a base de campamentos, porque Antonio, sus botas y sus pies destrozados por ellas, habían terminado por coger una mochila cuando había hecho falta. Tenían poco más de cuarenta años, con una gran diferencia.

Marcos quería montar un sistema de canales para el desagüe de aguas fecales y, lo principal, un sistema de pozos, y seguía enamorado de su sacerdocio; y Antonio, en cambio, se colgaba el carné de divorciado que se había puesto de moda.

—Dime, Marcos —la sorna de Antonio la percibía perfectamente Marcos en su voz burlona.

—Pues que todo ha salido según lo planeado, tengo que contarte un montón de historias de estos días. Mi vuelo de regreso coincidirá con el tuyo, con el del hermano Manuel, y con el de Sergio. ¿Necesitas que vaya a buscarte a la terminal?

—No, mejor no, que lo mismo te pierdes.

A Antonio le entró escozor con la idea de que Marcos lo buscase. Marcos y el sentido de la orientación juntos no se daban.

Marcos, aquel delgado de rostro dulce, tenía su punto flaco: no era capaz de recordar un simple camino de regreso. Antonio le regalaba comida para palomas cuando iban al monte en la figura de un *Pulgarcito* dilatado. Marcos y los mapas no se conocían.